

y se veía ya próxima la suspensión de pagos; no se veía otro recurso que un empréstito, y era imposible intentarlo en un momento de angustia tan desesperador. El mal humor ganaba en la Asamblea de los Notables, su espíritu empeoraba y ya se principiaba en voz baja á pedir los *Estados generales*. En esas

circunstancias era necesario tener un hombre que dominase la opinión. El señor de Lamoignon y yo, nos comunicamos nuestras ideas, y convenimos en que el único hombre en quien se podía fundar alguna esperanza era el señor Necker. Pero yo le hablé de los obstáculos que había ya encontrado en el es-



CAMUS

píritu del rey y le anuncié que estos obstáculos serían insurmontables á causa de la presencia del barón de Breteuil. Conferenciamos con éste, procurando convencerlo, pero todo fué inútil. En fin, tras una larga sesión nos decidimos y subimos á ver al rey; y cuando los tres hubimos entrado en materia sobre el cambio que exigía el ministerio de Hacienda, hablé con fuerza en favor de aquel que la voz pública reclamaba. El rey me respondió, á la verdad, con aire del más profundo dolor: *¡pues bien, no hay más que mandarlo á llamar!* pero entonces el barón de

Breteuil se levantó con gran calor, contra esa semiarrancada resolución, haciendo notar la inconsecuencia que había en volver á llamar para ponerlo al frente de la administración, á un hombre que apenas había llegado al punto señalado para su destierro; una conducta tal, acusaría ciertamente una gran debilidad *¡qué fuerza no daría á aquél que, colocado de esta suerte por la opinión no estaría obligado más que para con ella y para consigo mismo!* Extendióse largo y fuerte sobre el abuso que el señor Necker no dejaría de hacer de semejante posición. Pintó su

carácter con los colores más propios para hacer impresión sobre un rey naturalmente celoso de su autoridad, que tenía como un presentimiento confuso de que se la querían arrancar. Pero que él creía todavía entera en sus manos y deseaba conservarla.

»Había razones muy espaciosas en lo que acababa de decir el barón de Breteuil, pero aún cuando no fuera así, no por esto habrían dejado de producir el efecto que hicieron en el rey, que no había accedido á mi opinión más que con una extrema repugnancia, tal vez únicamente porque nos creía á los tres de acuerdo. Propúsose, pues, al arzobispo de To-

losa y fué aceptado sin resistencia. Sin embargo, el rey nos dijo que pasaba por tener un carácter inquieto y ambicioso, y que tal vez nos arrepentiríamos de haberle indicado tal elección. Pero añadió que creía que le habían exagerado los defectos de ese prelado, que desde hace algún tiempo, las prevenciones que, contra él tenía, se habían debilitado, y que él estaba contento de varias memorias sobre la administración que había hecho que llegaran á sus manos.»

A consecuencia de esta escena característica, Brienne fué nombrado el 1.º de Mayo de 1787, Jefe



G. PITT

del Consejo de Hacienda, plaza creada en otro tiempo para el conde de Vergennes y que estaba vacante desde su fallecimiento. El mismo día, Fourquex envió su dimisión de contralor general, y conservó simplemente el título de miembro del Consejo. Poco después, el movimiento ministerial se completó con el nombramiento de un nuevo contralor. Se pretende que Brienne, para acallar la oposición de los amigos de Necker, había prometido llamarle de nuevo para la Hacienda, tan pronto él hubiese conseguido el poder bajo un título cualquiera. Cuando su ambición fué satisfecha, se creyó dispensado de mantener su palabra, pretextando la aversión invencible que para él desmostraba Luís XVI. Una sola cosa es cierta, á saber, que el día 6 de Mayo, hizo nombrar para el puesto de Fourquex, á Lorenzo de Villedeuil, intendente de Normandía «hombre reputado por sus virtudes morales,—dice Weber,—celoso para el bien público, recomendado por la estima y el reconocimiento de la provincia que había administrado» y que acababa de señalarse en el seno de la Asamblea de los Notables de que formaba parte,

«por el generoso desinterés con que había reclamado el restablecimiento de Asambleas provinciales, á pesar de los límites que debían poner á la autoridad de los intendentes.»

Cuando Necker supo en su destierro tales nombramientos que no le dejaban ya esperanza alguna, exclamó, según nos ha dicho su hija la señora de Staël: «¡Quiera Dios que el nuevo ministro llegue á servir al Estado y al rey mejor de lo que yo lo habría hecho! dura es la grande tarea que las circunstancias imponen; pues muy pronto sobrepujara á las fuerzas de un hombre quien quiera que sea.» La amargura de una ambición no satisfecha hacía al parecer á Necker más previsor que de costumbre; principiaba á percibir, en un porvenir próximo, la eventualidad de una revolución, que las faltas del gobierno, por poco que continuasen, no dejarían de hacer inevitable.

Chérest termina de esta manera los capítulos consagrados á dar cuenta de la caída de Colonne y advenimiento del arzobispo Lomenie de Brienne. Su

espíritu imparcial resalta en su misma breve y fría relación. Nosotros sólo debemos ahora señalar el valor de las circunstancias y del momento, no para cargar de responsabilidades al rey, sino para hacer notar sus interiores contradicciones en los momentos más decisivos y solemnes de su vida.

No hay duda de que la monarquía se había creado por su falta de previsión una situación imposible, y nótese bien, que es el antiguo régimen para sí, lo que Saturno fué para sus hijos, que son sus obras lo que destruye sin que en esta tarea le auxilie persona alguna. Es el rey quien en sus *Memorias* dirigidas á los notables, es el rey quien en la *Advertencia Gerbier* habla al país en el lenguaje que muy pronto usarán los representantes del pueblo. Es el rey quien, al dar su pequeño golpe de estado, al separar de su lado á Miromesnil y á Calonne, les dice á los notables que todo se ha hecho por su inspiración y que todo era su obra, y es el rey quien creyéndose un Cromwell ó un Bonaparte, elige para la cartera de Hacienda á un Fourquex, cuando Turgot, Necker y Calonne reunidos habían tenido trabajo para llegar al término de la obra. Pero Luis XVI, ya lo hemos dicho varias veces, y lo hemos visto en obra otras tantas y no será la última vez que insistamos sobre este punto, gusta de los golpes de estado á que se dejan arrastrar fácilmente los hombres de genio y por consiguiente osados, y esta ambición de mandar, de hacer alardes de su autoridad está en tan grande desproporción con sus medios, que como Fourquex hace la más ridícula figura tan pronto queda solo en escena.

Quiere el rey habérselas solo con los notables, y en efecto, les envía para que se entiendan con él á

Fourquex, y cuando ve que este no marcha le envía á Lomenie de Brienne. Hé aquí la eterna contradicción interior que mina la robustez ya no mas que aparente del antiguo régimen, cuando más necesarios son los hombres de energía, es cuando un rey débil y una reina ligera hasta lo increíble dadas las circunstancias están encargados de representarlo. Y ya es sabido que la gente débil se asusta de los aires de la gente fuerte.

Turgot les pareció un hombre peligroso; Necker fué siempre para ellos un hombre temible; Calonne acabó por ser un hombre comprometedor. ¿Había sido más previsora la reina ahora, al favorecer el advenimiento del arzobispo de Tolosa? ¿El rey sintiendo ahora lo que otras veces había resistido, obraba ahora con la misma prudencia que antes? ¿Se creía, en verdad, que la sotana del arzobispo cubría á un Richelieu ó á lo menos á un Mazarino? ¿No se preguntó nunca la corte si jugaba con Brienne la última carta, y si después de éste no había de ser necesario convocar los *Estados generales* que ninguno de sus estadistas habían de presidir ó gobernar por haberlos desautorizado á todos? Lo cierto es que se fué al nombramiento de Brienne con tanta indiferencia, ó mejor con tanta satisfacción, como si se viviera en el mejor de los mundos posibles, y en uno de los momentos más pacíficos de la historia humana, y como se decía entonces, se «bailaba sobre un volcán.» Veamos, pues, ya que Lomenie de Brienne iba detrás del poder hacía tanto tiempo, qué es lo que este hombre traía entre manos para hacer la felicidad de Francia y restablecer el comprometido prestigio de la monarquía.



Madras



CAPITULO X

EL PARLAMENTO DE PARÍS

Reputación del arzobispo de Tolosa.—Juicios de Lafayette y Mirabeau.—Cómo lo juzgaba la señora de Staël.—El duunvirato Brienne-Lamoignon.—Préstamo de cincuenta millones.—La conferencia.—Brienne se declara partidario de los proyectos de Calonne.—Indignación de los notables.—Renuevan su actitud hostil.—Piden el nombramiento de una comisión inspectora de la Hacienda.—Condescendencias y promesas del rey y del arzobispo.—Resistencia pasiva de los notables.—Pide el arzobispo al rey la clausura de la Asamblea.—Sesión de clausura del 25 de Mayo.—Imprudente lenguaje del ministro: su discurso.—Censura de Besenval.—Tendencias políticas de los conservadores ilustrados: el sistema constitucional.—Cómo contestaron los notables al discurso de Brienne.—Discurso del presidente Aligre.—Actitud del gobierno y de los reyes.—Decepción general.—El Parlamento de París.—Su autoridad.—Sus diferentes partidos.—Duport.—Prepárase la lucha entre el Parlamento y el Gobierno.—Pretensiones del rey.—Táctica parlamentaria de Brienne.—El edicto del timbre.—El clérigo Sabatier pide la convocación de los *Estados generales*.—Lo acuerda el Parlamento (16 de Julio de 1787).—Unanimidad del Parlamento.—Cómo se conseguía.—Actitud desacertada del gobierno.—El Parlamento pide la convocación de los *Estados generales* (24 de Julio de 1787).—Lecho de justicia de Versalles del 6 de Agosto.—El rey obliga á los pares y altos dignatarios á la asistencia.—Solemnidad del acto.—Discursos intemperantes del rey y de Lamoignon.—Enérgico y amenazador discurso de Aligre.—Se destierra el Parlamento á Troyes.—Oposición de Malesherbes.—Es desoído.—Reformas en la corte: descontento de los cortesanos.—Cómo promovió el Parlamento el conflicto.—Duport pide la acusación de Calonne.—La aprueba el Parlamento.—El rey anula su resolución.—Calonne se retira á Francia.—Impopularidad de la reina.—*Madame Deficit*.—Actitud del pueblo.—Última sesión del Parlamento.—Declara ilegal la publicación de los edictos y la exención de todo nuevo tributo.—Ovación hecha á Eprenesnil.—Si no fué una imprudencia mandar al Parlamento á Troyes.—Cálculos errados del Gobierno.—Torpeza con que procedió para hacer registrar los edictos.—El conde de Provenza y el Tribunal de cuentas.—Indigna conducta del conde de Provenza.—El conde de Artois y el Tribunal de auxilios.—Impopularidad del conde.—Actitud del pueblo.—El Tribunal desautoriza á su presidente.—Se suspende la sesión.—Resolución del Tribunal de auxilios: gravedad de sus declaraciones.—Situación política.—Asonada de París.—Quiénes eran los organizadores.—Desmoralizadora intervención de la Audiencia de París.—Energía del Gobierno.—Restablécese el orden.—Mirabeau profetiza su día.

DIGAMOS desde luego para absolver á todo el mundo de responsabilidades que si los reyes se equivocaron al fiar la salvación de la monarquía absoluta al arzobispo de Tolosa, Lafayette escribió todo alborozado la noticia de su nombramiento á J. Jay y á Washington para decirles nada menos que en él se veía al fin un «primer ministro,» «ó un hombre capaz,» «ó un hombre

honrado,» «un hombre tan ilustrado como liberal,» «un hombre, en fin, que hacía sentir su influencia sobre todo, y con el que se podía contar.» Esta no era una opinión particular, y no muy autorizada viniendo de Lafayette que fué de los predestinados á vivir en perpetuo error, Mirabeau, en quien parece que ha de encontrarse para juzgar á los hombres aquella alta penetración que tuvo de los sucesos